

**HOMILIA EN EL ENCUENTRO NACIONAL DE LA
RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA
“*Un solo corazón: caminar juntos en la Iglesia
desde el Corazón de Cristo*”
Madrid, 13 septiembre de 2022**

Queridos sacerdotes concelebrantes,

Querido Don David Fornieles, Director Nacional de la Red Mundial de Oración del Papa en España,

Delegados diocesanos, queridos hermanos todos en Nuestro Señor Jesucristo:

Tratándose de una obra tan querida por el Papa, acogí muy complacido la propuesta de Don David, no obstante que oficialmente estoy en vacaciones anuales. Aprecio profundamente este gesto de comunión con el Santo Padre, y quiero aprovechar la oportunidad de este encuentro de formación y común adoración al Corazón de Cristo, para agradeceros vuestra oración por el Sucesor de Pedro, y alentaros en la prosecución de esta obra, ya de larga trayectoria, muy unidos al sentir del corazón del Papa. Nosotros los Nuncios Apostólicos, en los días 7-10 de septiembre, en Vaticano, tuvimos la grata oportunidad de estar juntos con el Santo Padre en diversas ocasiones, como en una reunión de diálogo y en la celebración de la Santa Misa. Es entonces un gran placer manifestaros su saludo afectuoso y su Bendición Apostólica.

La Red Mundial de Oración del Papa es una Obra Pontificia que tiene como misión movilizar a los católicos, por la oración y la acción, ante los desafíos de la humanidad y de la misión de la Iglesia. Estos desafíos se presentan en forma de intenciones de oración confiados por el Papa a toda la Iglesia y acogidos expresamente por vosotros. Vuestra misión quiere inserirse en la dinámica del Corazón de Jesús, una misión de compasión por el mundo. Esta compasión como decía el P. Peter Hans Kolvenbach, S.E., “será imposible sin ‘obtener el amor’ o ‘sin llegar al amor’ del Corazón del Salvador” (2 de Julio 1988). El alma de la red mundial de oración es la unión con el Corazón de Jesús para la configuración con sus sentimientos, deseos y anhelos.

La Red Mundial recibe, para estos tiempos, el legado precioso del P. Henri Ramière, S.I. cofundador con el P. Gautrelet, S.I, del Apostolado de la Oración. El P. Ramière fue el gran propulsor de esta obra a través de la cual, desde

finales del siglo XIX (diecinueve), se difundió, con carácter universal, la devoción al Corazón de Cristo, teniendo como elementos integradores la unión con el Corazón de Cristo en la Eucaristía, la vocación reparadora de los pecados de la humanidad y la dimensión apostólica de orar y trabajar desde la Consagración personal, familiar y social para que se instaure el Reino de Cristo en el mundo. Como decía el P. Ramière: “El Apostolado de la Oración es la fusión de nuestros intereses con los intereses del Corazón de Jesús”.

A la muerte del P. Ramière, el Apostolado de la Oración había logrado que su órgano de difusión “El Mensajero del Corazón de Jesús” contara con 15 versiones y fueran más de 35.000 (treinta y cinco mil) centros organizados por el mundo entero en el ideal de trabajar para que el Reino del Corazón de Jesús se extendiera hasta los confines de la tierra.

La Red Mundial de Oración quiere hoy, en sintonía con el Papa Francisco, colaborar con la Iglesia en ese caminar juntos desde la sintonía con el Corazón de Cristo, saliendo a buscar, desde “el compadecer con el Corazón de Cristo” a las periferias existenciales, a aquellos que no han conocido la buena nueva de la salvación. Doy gracias al Señor que, en España, el Apostolado de la Oración (Red Mundial de Oración del Papa) hoy sigue vivo en las diócesis con el compromiso de muchos miembros de las parroquias e instituciones, que a diario realizan el ofrecimiento por la Iglesia. Sorprende también su vitalidad en grupos integrantes del Apostolado como son Schola Cordis Iesu y Reino de Cristo (APOR), formado por muchas familias, adultos y jóvenes que hoy vibran y sienten en el Corazón de la Iglesia desde el Corazón de Cristo.

Queridos todos, en el Evangelio de hoy hemos escuchado la intervención misericordiosa del Corazón de Jesús, que, viendo lo profundo del corazón de la madre viuda, haciéndose cargo de su amargo desamparo, como madre, y desamparo también dentro de la estructura de la sociedad donde las viudas pasaban verdadera necesidad. En esas circunstancias, Jesús se compadece e interviene con su divino poder devolviendo el hijo a la madre. Es también hermoso y sugerente para vuestro apostolado ver la forma de intervenir que tiene en este pasaje evangélico el Señor. A su palabra imperiosa, que es más que suficiente, quiso acompañar el hecho de “tocar” el féretro. Lo hizo así, observa San Cirilo de Alejandría, para que entendamos que “no solo su palabra, sino también su cuerpo es eficaz para la salvación del mundo” (Comentario al Evangelio de San Lucas, 7,13).

Toda la ciudad de Naín queda impresionada, estupefacta, estremecidos y atónitos. La reacción nos hace pensar en una multitud que, a pesar de tener un cierto conocimiento de Dios, sin embargo, vive en una especie de ateísmo práctico. Pone a Dios lejos de sus pensamientos y obras. Capaces quizá de hablar de Él sí, pero conformando su vida como si no creyesen. En ese momento, al sentir la cercanía de Jesús, la conciencia se despierta evidenciando que la fe pide la adhesión incondicional del corazón a Dios con una entera confianza.

Este acercamiento, como decía San Ambrosio, se realiza en la Iglesia, y por la intercesión de la madre sufriente: “Aunque existe un pecado grave que no puede ser lavado con las lágrimas de tu arrepentimiento, llora por ti la madre Iglesia, que interviene por cada uno de sus hijos como una madre viuda por sus hijos únicos; pues ella se compadece, por un sufrimiento espiritual que le es connatural, cuando ve a sus hijos arrastrarse hacia la muerte por vicios funestos. Somos nosotros entrañas de sus entrañas; pues también existen entrañas espirituales; Pablo las tenía, al decir: «Sí, hermano, que yo reciba de ti este gozo en el Señor; consuella en Cristo mi corazón» Somos nosotros el corazón de la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, hechos de su carne y de sus huesos. Que llore, pues, la piadosa madre, y que la multitud la asista; y no sólo la multitud, sino una multitud numerosa compadezca a la buena madre. Entonces tú te levantarás del sepulcro; los ministros de tus funerales se detendrán, y comenzarás a pronunciar palabras de vida; todos temerán, pues, por el ejemplo de uno solo, serán corregidos muchos; y más aún, alabarán a Dios, que nos ha concedido tales remedios para evitar la muerte” (San Ambrosio, Exposición sobre el Evangelio de Lucas, 5, 92). Así nos conmueve el gran San Ambrosio.

Ya el Papa San Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, notaba que “la época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo”. Y subraya “la pérdida de la memoria y de la herencia cristianas, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Por eso no han de sorprender demasiado los intentos de dar a Europa una identidad que excluye su herencia religiosa y, en

particular, su arraigada alma cristiana, fundando los derechos de los pueblos que la conforman sin injertarlos en el tronco vivificado por la savia del cristianismo” (JUAN PABLO II, Exhortación Postsinodal Ecclesia in Europa, 7)

El resultado es que muchos no se sienten felices. Esta angustia existencial se manifiesta en sus frutos, entre los que podemos enumerar el dramático descenso de natalidad, la disminución de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, la resistencia, cuando no el rechazo, a tomar decisiones definitivas de vida incluso en el matrimonio. Se notan demasiadas crisis familiares, conflictos étnicos, actitudes racistas, tensiones interreligiosas, egocentrismo, indiferencia ética, búsqueda obsesiva de los propios intereses, sensación de soledad (Cf. *Ibid.*, 8).

En este ambiente, se manifiesta, cada vez más, la necesidad de esperanza, de algo que pueda dar sentido a la vida, del apostolado de alguien que lleve palabras de esperanza, de alguien que hable de la vida verdadera, de alguien que hable de Jesucristo, nuestra esperanza, de una madre que llora por sus hijos por su amor y compasión para con ellos, esta madre que es la Iglesia, “el canal a través del cual pasa y se difunde la ola de gracia que fluye del Corazón traspasado del Redentor” (*Ibid.*, 18).

Todo apostolado nace en el trato con el Señor. Es la oración la que hace fecundo el apostolado activo. Es en la oración donde Dios se va comunicando al alma y, como vemos en múltiples ejemplos en toda la Sagrada Escritura, invita a participar en su plan providente mediante la intercesión, de manera que el hombre concorra con la divina voluntad, no de forma independiente, sino en unión con El. En este sentido “una misión de compasión por el mundo”, palabras que definen vuestra “Red”. Ya el gran Orígenes escribe en su Tratado sobre la Oración, que no existe una ciega presciencia divina que de forma inexorable e inflexible todo lo fija y determina, sino que es Dios el que “con su presencia dirige el universo” es por ello “que nuestra libertad individual es útil para su plan universal”. Y concluye precisamente: “Si Dios conoce previamente nuestra libertad individual, es lógico que la divina providencia disponga conforme a lo que cada cual merece: oraciones ya previstas, disposiciones y deseos” (*Ibid.* I, 6.3.4).

De forma coherente con la acción providente de Dios, el Papa Francisco enseña que tiene sentido “insistir con Dios”, y esto “no porque no sabe lo que

necesitamos o porque no nos escucha”, sino porque “en nuestro camino cotidiano... en la lucha contra el mal fuera y dentro de nosotros, la fe en Él es nuestra fuerza, y la oración es la expresión de esta fe... fe en un Dios que nos llama a combatir con El, cada día, en cada momento, para vencer el mal con el bien” (Ángelus, 20/10/2013). Además, el crecimiento y desarrollo de la Iglesia está en la oración. “No hay otro camino – decía el Papa a los sacerdotes en Caserta – la Iglesia sin oración se convierte en una ONG, no tiene esa unción del Espíritu Santo (27/7/14).

La oración es eficaz porque Dios cuenta con ella dentro de su plan providente. Está en juego la libertad humana invitada a colaborar. Pero esa oración no es un formulismo mágico. A nuestros labios acompaña la expresión del corazón y de la vida práctica ofrecida en unión con Cristo en el sacrificio eucarístico, buscando el honor divino y el bien del otro en la caridad. San Pablo, en la primera lectura, nos hace entender que estamos inmersos en la vida de Jesús por el bautismo, y que, siendo miembros del Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, esta Iglesia “tiene un corazón” y, como experimento en su vocación Santa Teresa de Lisieux, patrona, con San Francisco Javier de vuestra Red de Oración: “en el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor”. En el corazón de la Iglesia nuestra madre, que seamos el amor.

Aumentando cada día en relación filial con la Santísima Virgen María, inspirados en particular en su Magnificat que proclama la libre comunión de dos voluntades, la divina, que tiene la iniciativa, y la humana que acoge y quiere activamente lo que Dios ha dispuesto dar, vivid siempre gozosos, hermanos y hermanas, la cercanía de Dios providente, la participación en la Sagrada Eucaristía, la frecuencia del sacramento de la Reconciliación, la oración asidua y constante, la preocupación por las necesidades de los otros conforme a la mente del Santo Padre. Gracias de nuevo y adelante. Que así sea.